

Costa Rica Ilustrada

REVISTA QUINCENAL DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

REDACTOR,

Leonidas Pacheco.

EDITORES PROPIETARIOS,

Próspero Calderón—José Antonio Soto.

PRECIO DE SUSCRICION:

En Costa Rica.....	\$ 0-80	trimestre adelantado.
En el extranjero.....	1-00	"
Número suelto.....	0-15	"
Números atrasados..	0-25	"

{ Año I. Núm. 8. }
 { San José, 1º de octubre de 1887. }

DIRECCION Y ADMINISTRACION,

Calle del Cuño, número 5, Oeste.

APARTADO NUMERO 93.

Sumario.—*Las poesías del Dr. Machado*, por La Redacción.—*Rimas* *—*El Don y el De*, por Ruperto.—*Mi xbrino Cordelio*, por Simplicio Cucufate.—*Carta al Dr. don Rafael Machado*, por Pío Viquez.—*La aurora y la mañana*, por Justo A. Facio.—*Impresiones de una noche*, por Faour.—*Para el album de la señorita Mercedes Rivas*, por Pascual.—*El Coronel de Bange*, traducción por Romulfo Soto.—*¿Qué hacer?* por E. C.—*Un baile en el Palacio Nacional*, por Odín.—*De Heine*, por Miletto.—*Crónica*, por Mr. Renad.—*Manifestación*.



Las poesías del Doctor Machado.

Concluyo en estos momentos de leer los versos del Doctor don Rafael Machado. ¿Qué me queda después de esa lectura? ¿Qué impresión me ha producido esa obra? Son éstas las preguntas que me ocurren, como á todo el mundo, al concluir de hojear un libro.

Mientras la vista va recorriendo las páginas el ánimo experimenta diferentes sensaciones, depositanse en su fondo diversas ideas, las que se deben juntar, analizar, aquilatar, para poder decir, después de este balance intelectual, si lo bueno ha superado á lo malo, ó si por el contrario la impresión final que nos ha dejado la obra es desagradable.

Pero en trabajos de arte, dirigidos más á la imaginación que á la inteligencia, trabajos plenamente sometidos á la jurisdicción del gusto, creo que la primera impresión recibida es el patrón á que se debe ajustar la crítica. Si en lo científico débese huir de todo juicio que no sea producto de maduro y detenido examen; si no es acertado dar nuestro asentimiento á una obra sino después que con el frío compás de la razón se haya medido la dimensión de las ideas del autor, en lo artístico creo que debemos formular nuestro juicio crítico, según el grado de fuerza con que se haya apoderado del espíritu la obra. Si una pieza de música conmueve nuestros nervios, si al leer una poesía sentimos que el alma del autor palpitando en sus estrofas habla á nuestra alma, si el corazón canta ó gime con las melancólicas ó alegres armonías, ya podremos decir que según nosotros la composición es buena. El extravío en esta materia es muy fácil; falta de cultivo, falta de finura en la sensibilidad, la mala escuela pueden producir numerosas y lamentables equivocaciones en la apreciación; pero eso no quita que mientras existan esas deficiencias subjetivas, el criterio literario se vaya pordonde lo lleva el sentimiento. La frialdad de la razón filosófica no puede ni debe desempeñar gran papel en el análisis de las obras destinadas á deleitar ó á conmover.

No quiero decir que la opinión que uno emite acerca de un trabajo sea la que se deba tener; no. El acuerdo de varias opiniones, y sobre todo las de personas ilustradas, son las que vienen á constituir la sentencia de la obra: el que anda desacordado simplemente demuestra que su gusto es un mal gusto.

Puede, pues, suceder que me toque en suerte caminar solo en la apreciación del libro de poesías del Doctor Machado, pero este temor, que mis pobres fuerzas me inspiran, no será suficiente para impedirme decir lo que me ha parecido.

Encuentro en ella dos cualidades principales, de orden diferente, pero que uno aquí por creerlas las dominantes: cualidades que sobrena-

dan en toda la obra, que la saturan, que no se ocultan jamás: la corrección en el lenguaje y el sentimiento.

Parece á primera vista que no es muy acordado eso de que el sentimiento, irregular, caprichoso, que á veces corre cual desbordado torrente, á veces discurre silencioso inundando con sus olas todas las sinuosidades del alma, ahora grito estridente, después amarga queja, suspiro, cristalina lágrima encerrada en un verso, pueda sin presión y sin perder la ductilidad que es su esencia, estar sujeto en el molde del habla académica, sin que al sujetarlo, al quitarle su salvaje libertad no quede convertido en su propia caricatura. Se inclina uno á suponer como lo natural que la pasión brote del alma en explosión rápida, no escogitando voces, ni deteniéndose á considerar regímenes y preposiciones, sin inquietarse de si la palabra que formula lo que sentimos tiene ó nó carta de naturaleza en las columnas del diccionario de la lengua. Como que el prurito de parecer legítimo descendiente de los Granada, de los León, de los Jovellanos no es el mejor inspirador para cantar como canta el ave, para susurrar como susurra el viento, para gemir como las alondras y atornar el aire como las olas embravecidas, voces esas que no consultan ni cuestionan como deben ser sino que son así porque son.

No haya sonrisitas burlonas por esto que digo de que un poeta puede susurrar como el viento, gemir como la alondra. Estas exageraciones románticas es un hecho que se sienten en un verso delicado.

Cuando los nervios están bien tensos, cuando se tiene fino el tímpano y sobre todo cuando el alma no está atrofiada por la falta de educación literaria ó por un materialismo abrumador, sí se aprecian en todo su valor las muchas palabras onomatópicas, las muchas frases llenas de armonía imitativa que posee la rica habla castellana.

Decía que no parece muy natural encontrar en un autor el sentimiento expresado con toda su viveza y la corrección exquisita, nimia del hablista, y sin embargo me ratifico en lo que ya expresé: creo que el Doctor Machado es perfectamente castizo y de finísimo sentimiento. A mi juicio no hay una excrescencia gramatical en la frase del Doctor Machado; no hay una irregularidad de esas que crisan los nervios del purista. El académico puede venir con su raserio y pasarlo por sobre estos versos seguro de no encontrar en ellos esas pústulas que tanto afean la tersura de la frase: bruñida como un espejo, fluida, brotando con naturalidad, sin el rebuscamiento pedantesco y sin el descuido del ignorante. Me apoyo para decir esto en la opinión de nuestros mejores literatos, á quienes he oído expresarse en esos términos, juzgando al Doctor Machado como escritor.

La corrupción del gusto literario en nuestro país es evidente. Rezagados nos hemos quedado, nosotros, que aun buscamos el placer

estético de la poesía en lo bombástico de la frase, en el relumbrón, en el retruécano y la antítesis; aceptamos como obra acabada una colección de palabras sonoras, espejismos de la poesía, que tienen tanta verdad poética, como los lagos y los oasis que mira el alucinado caminante del desierto. Sin cuidarnos de si las frases envuelven alguna idea que llegue al espíritu, aceptamos esa música celestial, de tan dulce jugo como el espárrago. A la zaga del movimiento literario que corre á todo correr en busca de lo real nos deleitamos aún con versos que llamaremos bastardos del romanticismo, pues sin tener el fondo idealista y espiritual de los poetas soñadores, sólo poseen su abigarrado traje. Por eso vemos á cada paso en nuestro teatro á lo más entusiasta del público zarzuelero aplaudiendo frenéticamente versos que relumbran mucho y que hacen más bulla que una canasta de nueces, pero que á la verdad no dicen nada.

El Doctor Machado ha sabido evitar este escollo. Con elegante forma, con sonora cadencia, con palabra gráfica y dando á la parte formal la importancia secundaria que se merece, procura y consigue encerrar en cada verso un pensamiento. Corre la vista sobre las hojas del libro y halagada por una frase limpia y correcta, siente el alma las mismas impresiones del poeta: se llora cuando él llora, se suspira si suspira, soñamos con sus ensueños.

Hay una fase del sentimiento que predomina en todo el libro, que palpita en cada poesía, que dibuja sus sombrías líneas hasta en los más pequeños intersticios de los versos: la melancolía. El Doctor Machado canta con tristeza; sensible, bueno, de aspiraciones nobles, de poéticos ideales vacía el alma en sus poesías. En ellas se queja, suspira, sueña, espera y ríe. Hay algunas de ellas que yo llamaría, apropiándome la frase del mayor de los poetas franceses, gotas de alma. La poesía "A un libro" es de lo más bello. ¡Qué sentimiento tan delicado! ¡Cómo se derrama la melancolía por aquellas estrofitas cortas que brotan como un quejido, cuando el poeta contempla las hojas amarillas de un libro que parece envolver aún el último aliento de una persona querida.

Su composición "A María" es preciosa. El alma de un padre ambicioso, egoísta, con ambición y egoísmo santos, pide para su hija un trono; la más pura pasión se trasparenta en estos versos, y el poeta encierra en unas cuantas estrofas todo el tesoro de cariño que un padre tiene para su hija. El canto "A Juan Diego Braun" está lleno de nobilísimas ideas, de pensamientos hermosos.

Sería demasiado largo seguir detallando todas las bellezas que á mi entender encierra este libro de poesías. Sobre todo desconfío de mi criterio y no querría que se me juzgase como un pretensioso que hace la autopsia de un libro y da en seguida su dictamen autoritario. Me han movido á escribir este trabajo, en primer

lugar, el alto aprecio que tengo por el poeta, y en segundo el convencimiento de que aunque mi juicio, si errado no tendrá la más leve trascendencia y si acertado no aumentará en una línea la reputación del poeta, sí le dirá el placer que me ha producido la lectura de esos versos hijos de su claro talento.

LA REDACCIÓN.

RIMAS.

—Qué importan ya su vida y su hermosura
si el pecho está callado?—
esto decía con palabra firme,
sin suspiros el labio.

Mentira despreciable de mi boca
versada en el engaño. . . . !
quien pueda arrancármela del pecho
realizará un milagro.

No hermosa, que marchita, esta mañana
jay de mí! la he mirado;
y dijo el corazón con un latido:
esté en la tumba y la amo.

Ella que fué de gentileza ejemplo,
hoy que los verdes años
aun suyos son, se rinde en desconsuelo
víctima de los hados!

Y yo sufro que el hierro que la oprime
injurie sus encantos!
Paloma aprisionada, á mí me ligan
también forzu los lazos.

La conocí radiante de hermosura
y juntos suspiramos;
y hoy que mis ojos la encontraron mustia,
la embelleció el pasado.

Implacable destino, haz lo que quieras;
te empeñarás en vano:
verás que en el infierno giraremos
como Francesca y Paolo.

El Don y el de

Los tratamientos se van. Aquí hemos visto irse los de Excelencia, de Ilustrísimo, de Ilustre, de Honorable, que fueron apeados por el Congreso, en decreto que emitió el 19 de mayo de 1886, fundado en que los tratamientos dados á las Corporaciones y empleados públicos, no se avienen con la sencillez que requieren las formas republicanas.

Sin embargo, republicanos como somos, conservamos todavía el tratamiento de Don, que tiene un origen aristocrático, y que antes no se daba sino á muy pocos, aun de la prime-

ra nobleza. Hoy prodigamos ese tratamiento y lo damos á casi todo hijo de vecino; digo casi, porque dudo que el demócrata de sangre más pura trate de Don á su criado y de Doña á su cocinera, aunque no dudo que si ellos cambiaran de posición y se volvieran ricos, todos les darían aquellos tratamientos, y á nadie le ocurriría espetarles la conocida copla que dice:

Es el Don de aquel hidalgo,
Como el don del algodón,
Que para tener el don
Necesita tener algo.

Hay nombres á los cuales se les despega cualquier tratamiento que se dé á las personas que ellos designan, sin duda porque tienen extraordinaria grandeza, y especie de semidioses ó genios, en nada pueden nivelarse á los demás hombres. Vale más decir Bolívar, Wáshington, Napoleón, Dante, que no Don Simón Bolívar, Mister Jorge Wáshington, Monsieur Napoleón Bonaparte, el Signore Dante. A la inversa, hay nombres como el de Juan Lanas, á los cuales no se amoldan tratamientos de cortesía, á causa de la insignificancia que representan, y esto contribuye á demostrar cuan cierto es que los extremos se tocan.

Personajes históricos tenemos cuyos nombres nunca pronunciamos sin anteponerles el Don. A ese número pertenecen Don Quijote, Don Juan Tenorio, Don Juan de Austria, el Conde Don Julián y el infante Don Juan Manuel, pues nadie dice: Quijote arremetió á los molinos de viento; Juan Tenorio es el mejor drama de Zorrilla; Juan de Austria merecía haber llevado la corona de su hermano; el Conde Julián contribuyó á la invasión musulmana; el infante Juan Manuel no es el único de sangre real que ha cultivado las bellas letras. Estos personajes tienen y tendrán el Don tan adherido, como su título académico el Doctor Francia.

El Don más curioso es el que Gonzalo de Berceo, en la vida de Santo Domingo de Silos, acomodó nada menos que á Jesucristo. He aquí los versos con que comienza esa obra:

En nome del Padre que fizo toda cosa,
Et de Don JesuCristo, fijo de la gloriosa,
Et del Spíritu Santo que juntó á ellos posa,
De un varon Sancto fer quiero una prosa.

El Don aplicado á Jesucristo, hace el mismo efecto que un Cristo con pistolas. Sin duda Gonzalo de Berceo, en el pasaje citado, tomó el Don en concepto de equivalente á Señor, ó le faltaba una sílaba para llenar el verso alexandrino, y la completó dando el tratamiento de Don á Jesucristo.

Insisto en que el Don tiene todavía algo de aristocrático, ya por la razón que nace de que no lo demos á los criados y á otros de su condición ó de inferior á la de ellos, ya porque

se le niega á los que están sometidos á encausamiento criminal y á los que sirven en el ejército en clase de soldados, cabos y sargentos, cuando se les menciona en asuntos del servicio. A pesar de ello, estoy porque los Dones no se vayan, como se fueron los Excelencias, Ilustrísimos y Honorables; pues si el Don es aristocrático, el llamarse Señor á secas es plebeyo, y entre lo uno y lo otro estoy por lo primero, dejando á cada cual con su buen gusto. Yo no puedo decir *I hate the Don*, como cierto hombre de Estado; mucho menos en el sentido en que tal cosa dijo ese personaje político que mal haya, en unión de toda su parentela.

Sucedió una vez en Centro América, donde tantas cosas han sucedido, que se fueron los Dones y las Doñas, y quedaron los Ciudadanos y las Ciudadanas; los primeros volvieron y están vigentes, en tanto que los segundos pertenecen á las modas antiguas, como los pantalones con mandil y los *tímicos* con mangas ahuecadas. En este mundo, que diariamente da una voltereta en el espacio, todo está sujeto á vaivenes, modas y tratamientos; acabo de leer en un periódico que es probable la restauración de las *crinolíνας* y de los peinados monumentales; y estoy viendo que en nuestra vecina Colombia están en boga los Excelencias, Ilustrísimos y Reverendísimos.

Del Don pasemos al *de*, que así lo pide el orden lógico del asunto, puesto que el primero se antepone al nombre y el segundo al apellido. Empleada de ese modo aquella partícula, algunos creen que constituye distintivo nobiliario; pero no empezó á usársela sino para denotar el lugar del origen, en caso de que familias con un mismo apellido, proviniesen de diferentes provincias ó pueblos. No han faltado personas que teniendo aquella creencia equivocada, y deseando aparecer nobles, han antepuesto el *de* á sus apellidos. Así lo hicieron algunos españoles, en una de estas Repúblicas centroamericanas, lo cual dió motivo á que el apreciable escritor, también español, don Manuel Pérez de Lasala, escribiese el siguiente epigrama:

En mi tierra el azadón
Con humildad manejé;
Vine aquí, me dieron Don;
Ya soy rico, venga un de.

En contraposición á esto, ha habido sujetos que suprimieron el *de* que legítimamente usaban, y uno de ellos fué un don Alejo Días Cabeza de Vaca. No sé por qué, á pesar de que su apellido era el de uno de los más ilustres linajes, lo redujo de tal modo que dió en firmar simplemente: Alejo Vaca. Tal supresión trae á la memoria lo poco á que quedaba reducido el nombre del Doctor don Juan Pérez de Montalván, conforme á la siguiente copla, inspirada sin duda por la envidia:

El Doctor tú te lo pones,
El Montalván no lo tienes;
Con que quitándote el don
Vienes á quedar Juan Pérez;

Copla que podría parodiarse así:

Prescindes de tonterías
Del tiempo de Doña Urraca;
Te quitas Cabeza y Días,
Y quedas Alejo Vaca.

RUPERTO.

Mi sobrino Cordelio.

Cordelio mi sobrino es un muchacho elegante, buen mozo, amable, con alguno que otro defectillo que heredó de su finado padre mi hermano (que en paz descance). Por ejemplo, Cordelio murmura mucho del prójimo y tiene demasiada afición á las prójimas; es medio tonto, por que su talento no ha sido bastante para constituirlo en un tonto completo, es envidioso y nada guapo; tiene miedo aun de su sombra; mi sobrino es avaro y perezoso; pero, salvo estos lunaritos es un gallardo joven, muy estimado de las muchachas de la vida alegre.

Yo lo quiero mucho y le dejaré todos mis bienes raíces, muebles y semovientes (si algún día los tengo).

Sólo una condición le pongo para optar á mi herencia, y es: que se vista bien ó mal, á la moda ó contra ella; de negro ó de color; pero sin imitar á nadie. ¿Saben ustedes por qué soy tan duro en esa materia? Claro está que no lo saben porque ignoran quien sea yo y quien sea mi sobrino. Pues bien, explicaré mi pensamiento.

Yo admito que un hombre sea feo ó bonito, grande ó pequeño, ñato ó narigón, gordo ó flaco; mas yo exijo que cada uno sea cada uno, y no sea otro diferente. ¡¡Como que no me he explicado bien!! quiero decir: que un hombre debe parecerse á sí mismo y no á otra persona.

Ser un mono que imita lo que ve, es el mayor defecto que puedo concebir, y Cordelio se ha propuesto renunciar á su personalidad, y todo su orgullo y vanidad consiste en que todos digan que se parece á don Sutamano ó á don Fulano. Largos meses se vistió, habló y anduvo como se vestía, hablaba y andaba el actual Presidente de la República: un año entero imitó los modales y costumbres de un cómico muy aplaudido en esta ciudad. Ultimamente se le ha metido en la cabeza á Cordelio que él nació cojo y de veras cojea un poco para imitar á un joven distinguido por su buena presencia, su talento y sus ruidosas aventuras amorosas. Una caída de á caballo lo obliga á cojear ligeramente, y no hay duda que aun eso lo hace el joven Villazul con gracia y mucho donaire, mientras que Cor-

delio, con ese nuevo adorno, se ha vuelto grotesco y ridículo. He aquí una muestra de los diálogos que acostumbramos entablar diariamente mi sobrino y yo.

Simplicio.—Con qué nueva monada vienes hoy Cordelio? ¿Qué significa esa renquera de perro que has adoptado de unos días para acá?

Cordelio.—¡¡Renquera de perro, tío Simplicio!! Y, ¿por qué ha de ser de perro y no de animal racional? Villazul no es perro y cojea como yo.

Simplicio.—Tú eres el que cojea como él, y no él como tú. Villazul recibió una fuerte contusión en un pie y eso lo obliga á andar defectuosamente. Vamos, sobrino mío, dejemos esas monadas; procura ser Cordelio Cucufate y no Alberto Villazul. Pero, ahora que te miro, observo que andas con espejuelos, ó sea anteojos llamados quevedos, ¿qué locura nueva es esa?

Cordelio.—He oído decir que en París se usan los anteojos, no de aumento sino de un simple vidrio. El hijo de don Sempiterno que acaba de llegar de Francia, usa anteojos y le caen muy bien; casi tiene aires de escritor. Yo pensé que á nadie ofendía con tan inocente aparato, y espero que Ud. no me tendrá á mal que siga usándolos.

Simplicio.—Pero ese joven es instruido y miope, escribe con perfección y habla tres ó cuatro idiomas, mientras tu no has podido hablar ni el tuyo propio y nadie comprende tu letra, porque oíste decir que todos los hombres célebres escriben mal y tomaste de ellos lo que tienen de defectuosos, pues una escritura ininteligible no puede honrar á nadie.

Cordelio.—Aun estoy muy joven, tío Simplicio, y usted no sabe lo que seré á los cuarenta años de edad. Manuel Peralta, nuestro Ministro en Europa, fué un muchacho ridículo y el hazme reír de sus compañeros.

Simplicio.—Eso puede ser; pero yo no he oído decir que Peralta pasara su juventud imitando, como tú lo haces, el modo de vestir del uno, los modales del otro, y aun la cojera de alguno. Vives en un pueblo pequeño donde todos te conocen, y tu incapacidad está ya medida, contada y establecida. Lo dicho, amiguito; ó vuelves á ser Cordelio Cucufate ó te desheredo.

Cordelio.—Perdóneme, querido tío. Yo procuraré atender sus consejos y seguir su ejemplo. Dejaré de imitar á los demás y me dedicaré á imitar sus virtudes y

Simplicio. No, no, sopenco de tí, no me imites, ni á mí ni á nadie, y menos á ti mismo, porque estás ya dañado y eres una colección de cosas ajenas. Tu modo de ser es una protesta viva contra lo natural y lo verdadero. Decididamente eres tú el animal intermedio entre el mono y el hombre: Darwin triunfa y yo te desheredo, te reniego y te maldigo.

He dicho.

SIMPLICIO CUCUFATE.

Señor Doctor don Rafael Machado.

MAESTRO:

He leído el librito de versos que traducen poéticamente las imágenes galanas de tu fantasía y las palpitations dulcemente amorosas de tu corazón de oro. Ya sabía que en tu frente resplandece el numen y que en tu mano suena la lira de los poetas. Pero has cometido un error que debo censurarte. El haberme dedicado tus preciosos trabajos es una pifia que no puedo perdonar. Has sido desdeñoso con tus hijos: les has dado un padrino demasiado humilde para su noble estirpe. Pero, en fin, tu dices que me quieres mucho, y esto, en cierto modo, excusará tu falta, pues es sabido que el corazón de los poetas ha tenido siempre caprichos originales.

Por lo demás yo soy agradecido, y con toda el alma te doy un abrazo.

Pío YÍQUEZ.

San José, 30 de setiembre de 1887.

Los trabajos de arte son quebradizos: la más ligera mancha los rompe y les quita su mérito.—Los errores de imprenta, tratándose de poesías son lunares horribles que dan al traste con una composición.—El delicado romance de don Justo A. Facio, que á continuación reproducimos, salió en un número anterior oscurecido por muchos de esos lunares.—Romance aflagranado, tejido por el poeta con los más suaves hilos, rebosando poesía, no podríamos dejarlo correr la mala suerte de llevar sobre su tersa superficie las arrugas que lo afearon en nuestro número anterior.—Por eso publicamos de nuevo, libre de las pequeñas sombras que lo oscurecían, el nítido trabajo de nuestro amigo Facio.

LA AURORA Y LA MAÑANA.

ROMANCE.

(A Luis R. Flores).

Ya perezosa y envuelta
En su túnica rosada
En el confuso horizonte
Asoma la virgen Alba.
Apenas, apenas brilla
Su soñolienta mirada
Que en el nocturno ropaje
Azules perfiles traza.
De la brumosa colina
Sobre las cumbres lejanas
Desaliñado y rugoso
El manto sutil arrastra;
Y al paso indeciso y breve
Que sobre los montes graba
Azulado polvo en torno
Su pie ligerísimo alza.
Ya descendiende, y de la noche
Silenciosa y reposada
Tras el capuz vacilante
Con misterio se recata.
Y festiva de repente
El oscuro velo rasga
Y entre el turbio cortinaje
Asoma su faz de maga;
Y al brillar de sus pupilas

La claridad sonrosada
La parda sombra flotante
Se trasparente y enrala;
O si gira, sus caricias
Repartiendo enamorada,
A cada beso, temblando
La luz en espiras salta,
Su recogido plumaje
Sacude el ave en la rama,
Y ruborosa su frente
La rosa encendida baja;
Y la tierra que dormita
En su lecho de esmeralda
Estremecida despierta
Al contacto de sus plantas.
Al batir en raudos giros
Entonces sus leves alas
Por el espacio se eierne
Polvo luciente de plata;
Y de su cándida veste
La más vaporosa gasa
Sobre la tierra descoge
En ondas tornasoladas.
Infatigable discurre
Entre las sombras que aclara
Y de cambiantes estelas
La bóveda azul esmalta.
Hasta que en la verde loma
Dulcemente reclinada
Al bullir de la alegría
Busca rendida la calma.
Mas ¡ay! cuando de natura
En el regazo descansa,
Por qué súbito parece
Que moribunda desmaya?
Por qué desfallece y tiembla
Triste la faz y turbada?
En ademán de despecho
Inclina la frente pálida
Y en un punto recogida
La veste seráfica alza,
Que allá vió que del Oriente
En las puertas nacaradas
Sus rojas cortinas cuelga
La rubicunda mañana.
Al tender su vuelo entonces
La virgen con tristes ansias,
De sus ojos zafirinos
Nítido llanto derrama
Que tiembla sobre las hojas
En perlas aljofaradas.
Trémula y grave de pronto
Sobre las cumbres se para
Y luego palideciendo
El vuelo otra vez dilata:
Ya apenas tenue, indecisa,
Oscila su forma vaga
En el lejano horizonte
Que leve la sombra empaña.
Allá va la fugitiva
Moribunda y desalada
Por esconder su quebranto
Trasponiendo la montaña;
Acá de la hermosa ninfa
El bello triunfo proclaman
Los arrullos y los cantos
Que la natura levanta.
Al cruzar el vasto cielo
El manto de oro desata
Y, del rey del día heraldo,
Su brillante imperio aclama,
O mil tesoros luciendo

A nuestros ojos, ufana
 De palmas y de tisúes
 El regio dosel prepara:
 Tiende al cielo rico palio
 Que en campo de oro y tumbaga
 Entretejidas ostenta
 Rizadas plumas de nácar;
 Y del pabellón en torno
 Ondosa cenefa labra
 Con el crespón de las nubes
 Que en blondas teje y engarza.
 Cómo brilla! cuál despliega
 En cambiantes visos, franjas
 Opalinas en el centro,
 Orlas abajo argentadas.
 Cómo entre la orfebrería
 De su fina urdimbre saltó
 De topacios y rubíes
 Deslumbradora cascada!
 Y porque la tierra luzca
 En la fiesta más gallarda
 Sobre ella la ninfa extiende
 Su cabellera dorada,
 Aureo crespón orla y cine
 A la cúspide más alta,
 Y azuladas tocas cuelga
 A la distante montaña;
 Mientras que brillante asoma
 Llena de fúlgidas galas,
 La corte que rompe y guía
 Del rey vencedor la marcha;
 Y mil guerreros en ella
 Dispuestos á la batalla
 Parecen lucir inquietos
 Las relumbrantes corazas:
 Desde la cresta del monte,
 Firme escabel de sus plantas,
 A las sombras fugitivas
 Sus bruñidos dardos lanzan;
 Hasta que cerca el gigante
 A quien homenaje pagan,
 Sus escuadrones en torno
 Despliegan y desparraman:—
 Ya surge, ya resplandece
 De mil diamantes enajada
 La coruscante diadema
 De sus sienas soberanas;
 Y extendiendo el regio manto
 Guarnecido de oro y grana
 Lentamente al zenit sabe
 Sobre su plaustro de llamas.

Enero de 1885.

JUSTO A. FACIO.

Impresiones de una noche.

Es costumbre traída desde muy antiguo la de contar al público nuestras impresiones, como si á algún hijo de vecino le importara maldita la cosa que la alegría retoce por nuestro cuerpo y el placer esté á punto de hacernos reventar, ó que los pesares hayan secado nuestro corazón y dado al traste con nuestro carácter y buen humor.

Yo tengo algo que contar y sigo la costumbre.

Vaya lo dicho á guisa de exordio y yo voy allá con mi cuento ó con mi historia, puesto que tiene poco de novela y mucho de verdad.

“Era de noche y sin embargo no llovía”, pero hacía un frío de todos los diablos.— Yo que soy hombre que tiene más miedo al frío que á la pobreza, me encontraba muy á mi placer encerrado en mi cuarto y entregado á sabrosa lectura.

Sería cerca de la media noche cuando concluí de leer “La confesión de un hijo del siglo” de Alfredo de Musset.

La vida real pintada con sus colores más vivos por la mano maestra del gran poeta me había dejado hondamente impresionado. Mi cabeza ardía como un volcán y la sangre se agolpaba á mis sienas; sentí los pies más fríos que el mármol y creí que el corazón se me salía del pecho. El aire sofocante de mi cuarto me asfixiaba, mis pulmones comprimidos pedían una atmósfera distinta. Tomé la resolución de salir en busca de un aire más puro, y, sin meditarlo mucho, arrojé el libro sobre una mesa, maté la luz y me lancé á la calle. Aquí me tienen Uds., señores míos, plantado de patitas en la calle, sin saber á donde ir ni que camino tomar; pero la verdad sea dicha, mi cerebro estaba enfermo y yo no sabía de mi juicio. Por fin eché á correr por esos mundos de Dios, sin dirección, á la ventura; quería desaparecer del mundo real, huir de mí mismo. Sentíme al rato fatigado, y me detuve frente á un templo resguardado por dos enormes torres que se perdían en las nubes. Observé que estaba abierto é iluminado por muchas bujías, y sin más me colé de rondón hasta el interior. Dentro ya, miré en todas direcciones; pero no alcancé á ver otra cosa en mi derredor que una variada colección de imágenes de santos más antiguas que los ilustres personajes que representaban, á juzgar por lo polvosas y maltrechas que estaban las pobrecillas.

Había trascurrido más de media hora y yo permanecía inmóvil en el mismo sitio sin comprender por qué causa estaba abierto é iluminado aquel templo á hora tan desusada, cuando un carruaje se detuvo frente á la puerta principal. Cuatro personas bajaron de él y entraron en la iglesia seguidas de un numeroso cortejo. Aclaróse el misterio: todo se reducía sencillamente á que dos novios, cansados de decirse que se querían, habían acordado hacer vida maridable, y señalado aquel día para realizar sus designios. La novia, que iba muy emperijilada, era una antigua conocida mía, la bella Julia, distinguida entre sus vecinas no tanto por su hermosura como por su acendrada honradez. El único desliz que había tenido en su vida fué, según malas lenguas, el de haber mantenido ciertas relaciones sospechosas con un clérigo, dos militares y un hotelero. Esto no lo digo yo, lo dice una comadre mía y pariente de la novia, á quien quiere entrañablemente; pero como estas gentes hablan por hablar, no respondo

de la veracidad de la historia. "Como me lo contaron te lo cuento".

El marido es un buen muchacho, artesano por más señas, quien enamorado de aquella buena moza y queriendo poner á salvo la reputación de su prometida, tomó el camino de hacerla su esposa.

Por la misma puerta que entró el séquito, sali yo, bendiciendo aquella dichosa pareja, dechado de honradez.

Apenas me había arrojado á la calle y con dificultad habría caminado doscientos metros, cuando tuve nueva aventura, y ésta sí que fué buena. En momentos en que llegaba á la esquina de.....y al pasar frente á la casa..... se abrió una puerta y por ella salió precipitadamente una mujer. Detúveme un instante, y bien hice en tal cosa, pues uno de nuestros polizontes, que los hay muy buenos, dispuesto á cumplir con lo prevenido por su reglamento, se proponía acompañar á aquella indiscreta, no precisamente á su casa, sino á otra donde ponen á buen recaudo á las mozas cuando vagan en horas avanzadas de la noche. Pero es el caso que la ninfa en relación no era una moza de fortuna, sino una señora de alto coturno con humillos de nobleza y pretensiones de mujer leida, que había ido sencillamente á visitar á un excelente amigo de su buen marido, pues el pobrecito del amigo estaba enfermo, y además es soltero y solo y no tenía quien le asistiera ni quien viera por él.....La buena señora cumplía con el santo deber de la amistad! Quería tanto al amigo de su marido que hubiera sido pecado imperdonable abandonarle en aquellas circunstancias.

Bien hice en detenerme he dicho, y á fe que es cierto, pues habiendo visto en grandes apuros á la respetable señora, para deshacerse de aquel importuno polizonte que había tenido el atrevimiento de confundirla con una de esas mujeres alegres me acerqué á ella y, persuadido de que era gente alta, rendile el sombrero y dirigiéndole la palabra le dije: señora, cuanto me ha hecho U. esperar, creí que cuando U. saliera me encontraría convertido en una estatua de hielo. Ella comprendió el ardid y se asió á la tabla de salvación que se le brindaba. Ya libre del naufragio y cobrando valor volvió el rostro hacia el polizonte y con voz alterada, como quien se siente herido en su honra, me dijo: mire U. á ese tunante que ha pretendido confundirme con no sé qué clase de mujercillas, veré que mañana se le destituya de su empleo para que aprenda á respetar á las señoras. Yo me reí para mis adentros, y el señor agente de la policía se quedó con un palmo de narices, pensando á buen seguro que su caída era un hecho cuando su intención había sido tan sana!

Brindé mi brazo á la respetable matrona y la acompañé hasta su casa. Prometile bajo juramento antes de abandonarla que á nadie revelaría lo ocurrido; y cumpliré mi promesa mientras viva, pues si á tí, lector, te lo cuento, es

muy en secreto, porque me inspiras confianza y tengo fe ciega en tu discreción.

Mi locuaz compañera, á quien supe inspirar confianza, como tú á mí, me dijo que su pecadillo era venial aunque de él se acusaba; pero que otros, y muy grandes, tenían que llorar algunas amigas suyas. Picóme la curiosidad, y mi amiga, (ya era amiga mía), me prometió satisfacerla mas tarde en cambio de mi discreción. Ha cumplido su palabra, y á mi vez me comprometo, lector amigo, á contarte aquellas divertidas historias si ésta no te ha cansado y si no temes que aquellas produzcan escándalo, pues son un tantico subidas de color, aunque no por eso falsas.

FANOR.

PARA EL ALBUM DE LA SEÑORITA

MERCEDES RIVAS.

I.

Mercedes: la voz ignota
de mi lira,
no es voz dulce que enamora;
es triste voz que suspira
y sin cesar gime y llora.

Mi juvenil entusiasmo
ya murió,
y el numen que me animaba
por siempre desapareció
con la luz que me brindaba.

Poeta desventurado
sólo canto
porque tus ojos me inspiran
y matan mi desencanto
cuando risueños me miran:

porque tu voz melodiosa
angelical,
llega dulcísima al alma
desterrando el cruento mal
que me robaba la calma:

porque de gracia y virtudes
y pureza,
eres conjunto encantado....
¿pues cuándo fué que Belleza
no hubo pechos inflamado?

Por eso canto, Mercedes,
y ojalá
que aquesta sencilla ofrenda
sea por siempre de amistad
eterna y segura prenda.

II.

Oh! Si Dios quisiera oírme,
toda tu existencia fuera
una eterna primavera
con sus flores y su luz;
y nunca el invierno rudo
tu frescor marchitaria
ni la noche encubriría
tus dichas con su capuz.

Si mis preces escuchara
no pusiera en tu camino
la zarza que al peregrino
sin cesar le hiere el pie;
y al cabo de tu jornada,
felice con el presente
siempre orgullosa la frente
contemplaras lo que fué.

Todo, todo te daría,
todo lo bueno que encierra
esta pobrísima tierra
que nos asignara Dios:
flores, perfumes, celajes,
mil canoras avecillas,
del mundo las maravillas,
la felicidad en pos.

Se feliz! Un genio amigo
con ademán recogido
viene á decirme al oído
que feliz siempre serás. . . .
y si no? . . . Dios no lo quiera!
pero de cualquiera suerte,
siempre, siempre hasta la muerte
mi pobre amistad tendrás.

PASCUAL.
(Costarricense).

Nueva San Salvador, 1887.

El Coronel de Bange,

director de los antiguos establecimientos Cail.

(Traducido para "Costa Rica Ilustrada," por el
Coronel Ronulfo Soto.)

El autor del sistema de artillería adoptado por el ejército en 23 de enero de 1877, es tan universalmente conocido y estimado, que no podríamos dejar de consagrarle un señalado lugar entre los hombres que se han hecho ilustres prestando servicios á la ciencia y á su país.

Y ningún otro como el Coronel de Bange se ha creado más títulos al reconocimiento de la Francia, dotándola de un sistema de artillería que excita los celos de otras potencias y hace que se la considere como una nación de las más temibles en caso de guerra.

Nacido en Balagnicourt (Aube) el 17 de octubre de 1833, el Coronel de Bange, actualmente director de la fábrica de Cail, tiene cincuenta y tres años de edad, y dados los considerables trabajos que ha acometido, pueden esperarse aun mayores descubrimientos de este

hombre de ciencia, cuyo genio inventivo tan sólo se iguala á su patriotismo. En efecto, dotado de incomparable modestia, sin ambición personal, sin amor á la gloria, el Coronel de Bange está animado de un solo deseo: trabajar en provecho de su país, á fin de que éste sea superior á los demás por la ciencia y por la industria.

El nuevo director de los establecimientos Cail ha entrado en esta vía hace bastante tiempo precedido de su famoso cañón de culata, adoptado ya exclusivamente, de ahora en adelante en Francia y en Inglaterra, y que ha hecho desesperar á Mr. Krupp, á quien el Coronel de Bange dirigió reciente y victoriosamente un reto memorable, después de haberlo vencido sucesivamente en Amsterdam y Anvers, lo que contribuyó en gran manera á abatir el orgullo alemán.

Se recordará también la lucha que sostuvo igualmente la compañía de Saint-Chamond contra Gruson, con motivo de los fortines acorazados franceses y alemanes.

Habiendo la prensa de Bismark, en esta ocasión, conforme á su tradicional buena fe, tergiversado los hechos, antes del informe de la Comisión de Examen de Bukarest, creemos de nuestro deber tomar del número 561 del *Progres Militaire*, las líneas siguientes:

"La argumentación de los diarios alemanes, descansa principalmente en que el blindaje de la fortaleza Gruson no ha sido atravesado por un tiro prolongado aunque ese blindaje haya sido traspasado y quebrado después de un pequeño número de golpes. Ahora bien, la coraza de la cápsula de Saint Chamond ha hecho prueba de una resistencia intrínseca, ó por lo menos igual, pues la primera y la única hendidura que haya atravesado esta coraza en todo su espesor, no se ha manifestado sino en los últimos tiros.

En cuanto á la asersión de que la fortaleza francesa haya sido declarada *puesto en brecha* mientras no se ha hecho igual declaración respecto de la fortaleza alemana, es una invención sin fundamento y sin resultado. Esta declaración no ha existido sino en la imaginación de los publicistas de allende el Rhin; la Comisión no ha hecho ni haría cosa semejante; ella hizo su experiencia como lo juzgó aparente, disparando todos los tiros de cañón que le parecieron útiles para ilustrar su juicio, y haciéndolos cesar cuando estuvo satisfecha.

La única *colocación en brecha* que la Comisión ha proclamado implícitamente, ha sido la de la ante-coraza alemana. Después de haber evaluado diez tiros sobrepuestos, el ataque más mortal, al cual un mismo punto de una *antecoraza* pudiera ser expuesto, el tiro del parapeto (*plongee*) en el supuesto de estar destruido, ha disparado esos diez tiros sobre la obra francesa. Habiendo hecho dar nueve proyectiles en el blanco, el efecto producido se juzgó insignificante y se dió por satisfecha. Al siguiente día debía disparar diez tiros sobre el punto correspondiente de la ante coraza alemana. Al tercer tiro, la capa superficial del bronce se aboyó fuertemente; el cuarto y quinto proyectiles produjeron hendiduras de todo el espesor del metal; en fin, el sexto tiro quebró completamente la antecoraza y proyectó en el interior una gran porción de bronce bruto. Sin proclamar absolutamente nada, la Comisión, juzgándose suficientemente ilustrada, se mostró allí unánimemente convencida de que un sétimo proyectil, no encontrando más resistencia, habría penetrado en el interior causando graves deterioros.

Este desastroso resultado que los diarios alemanes se guardan de dar á luz, debe haber sido doloroso para el amor propio nacional. Se considera, en efecto como un dogma en Alemania, que Mr. Gruson es el único que sabe fabricar la *fundición dura* (*fonte dure*), y que las obras acorazadas que arman nuestras fronteras del Este, y que tienen ese metal por base, no tienen sino una resistencia muy inferior á la de las obras similares de origen alemán. La vez primera que los metales de ambas procedencias se encontraron en concurso, la comparación ha debido cambiar las ideas preconcebidas de muchos espectadores.

El triunfo del fortín francés ha sido espléndido y lo constatan así todos los testigos de las experiencias.

Resulta de las cifras apuntadas oficialmente por la

Comisión de Bucharest, que el fortín francés ha hecho sus dos tiros rápidos con una viveza media de tres minutos y medio por salva; aun más, se ha justificado que después de algún tiempo, los artilleros, familiarizándose con un servicio nuevo para ellos, llegaban á hacer su salva en menos de tres minutos. Ninguno de los oficiales presentes ha puesto en duda que después de los ejercicios de fuego seguido, esta velocidad no llegaba más que á dos minutos y aun á minuto y medio, resultado que se ha legado á obtener en Francia, empleando artilleros bien ejercitados.

Se sabe, de otro lado, que, gracias al sistema eléctrico de puntería, de que está provista la fortaleza de San Chamond, como todas las fortalezas francesas, esta gran rapidez del tiro no influye, ni podría influir de ninguna manera sobre su exactitud.

En cuanto á la fortaleza Grúson, necesitó siete minutos veinticinco segundos por salva, en uno de sus tiros, y en el otro seis minutos cuarenta y ocho segundos.

La fortaleza francesa ha sido siempre incontestablemente superior bajo este punto de vista, á la fortaleza alemana. No tenemos á la mano sino resultados incompletos de los primeros tiros, los de 21 y 22 de diciembre, y no citaremos cifras: sabemos, sin embargo, que según la impresión unánime de los espectadores, el tiro de la fortaleza francesa no se ha hecho notar tanto por su rapidez como por su exactitud. Pero tenemos de un testigo autorizado, las cifras relativas á veinte salvas ejecutadas á 2,600 metros el 17 y el 20 de enero. Eliminando en cada una los tres más malos que pueden considerarse como tiros anormales, encontramos que los alejamientos medios han sido de esta manera:

Alejamientos medios.	En dirección.	En distancia.
Fortín francés.....	0 ^m 50	11 ^m 00
Fortín alemán.....	0 ^m 93	27 ^m 00

He allí las cifras cuya autenticidad afirmamos y respecto de las cuales esperamos con confianza las rectificaciones de los diarios alemanes.

Bien que el cañón de Bange, de 155 m/m. sea sensiblemente más justo que el cañón de Krupp, de 15 c/m. la diferencia no es sin embargo del sencillo al doble, y si los alejamientos medios de la fortaleza francesa son casi los alejamientos probables indicados por las tablas de tiro, es lo cierto que el cañón Krupp ha tirado mucho menos bien en la fortaleza alemana que sobre su cuna ordinaria. Mr. Krupp lo había previsto: debe hacerse esta justicia; él había escrito oficialmente al ministerio rumano antes de principiar las experiencias, declinando la responsabilidad de la poca exactitud que pudieran tener sus cañones empleados en la fortaleza Schumann, cuya organización interior no aprobaba."

Los conocimientos del Coronel de Bange son universales, y su genio tan poderosamente inventivo, es múltiple. En el curso de una conversación que tuvimos con él en estos últimos días y durante la cual nos tuvo bajo el influjo de su palabra sencilla y franca, nos mostró un reloj, una verdadera joya que lleva siempre consigo, y que fabricó durante sus horas de descanso en la campaña de Italia. No habíamos visto semejante obra maestra de relojería.

Entró á la escuela politécnica el 14 de octubre de 1853, fué promovido al grado de subteniente de artillería, el 1º de mayo de 1855; á teniente, el 1º de mayo de 1857; á capitán, el 24 de diciembre de 1862; á jefe de escuadrón, el 24 de febrero de 1875; á teniente coronel, el 5 de enero de 1878; y á coronel, el 13 de noviembre de 1880, y se le concedió su retiro que solicitó el 11 de marzo de 1882.

El Coronel de Bange fué, sucesivamente, agregado al arsenal de Brest (armamento de costas), en las fraguas del centro de Nevers, en la manufactura de armas de Chatelleraut, en la pirotécnica de Metz, y después en el taller de precisión de la artillería en París.

El Coronel de Bange ha pasado 17 años en los talleres del Estado en calidad de Ingeniero, y está decorado con la medalla de Italia; es oficial de la legión de honor; y caballero de la orden del *Bain*.

El formó parte del famoso Comité de Artillería de

Santo Tomás de Aquino, donde se esforzó en introducir sus ideas y sus invenciones; pero después de una larga lucha contra la rutina administrativa y el partido tomado por el comité, presentó su dimisión é hizo liquidar su retiro, persuadido de que nada le quedaba que hacer en una situación hostil á sus reformas.

El ruido de sus luchas y sus invenciones había, sin embargo, traspasado las murallas de Santo Tomás de Aquino, hasta la sociedad Cail, que adivinando en el Coronel de Bange el bien que pudiera hacer á su país y á la ciencia de la balística este hombre progresista, con sus universales conocimientos referentes á su carrera, le confió la dirección de sus establecimientos.

El Coronel de Bange es un hombre erudito cuyo genio inventivo no reconoce límites ni obstáculos.

Como si la balística, de la cual es el maestro reconocido, no fuera suficiente á su complejo espíritu, se entrega con ardor infatigable al estudio de todas las cuestiones de la ciencia mecánica.

Los caminos de hierro le interesan de una manera muy especial, y presentimos que en esta vía nos prepara sorpresas que repercutirán tan espléndidamente como su sistema de cañón.

El Coronel de Bange está en la fuerza de su edad y nuestro país puede esperar grandes cosas de un hombre que ha elevado tanto nuestro prestigio nacional, sobre todo ahora que está á la cabeza de uno de nuestros establecimientos metalúrgicos mejor equipados, y que sus sabias teorías pueden entrar en el dominio de la práctica, sin necesidad de sufrir esas tardanzas habituales que son tan funestas para las grandes invenciones.

Puede tenerse como cierto, por medio de esta corta noticia, que el director de la fábrica Cail es notable bajo todo punto de vista, por sus trabajos incansables, por sus invenciones que ilustran la Francia y hacen celosas á las otras naciones, y sobre todo por su ardiente patriotismo: se puede decir que es uno de esos hombres conspicuos de quienes el país está orgulloso durante su vida, y á quienes honra después de su muerte, discerniéndoles la inmortalidad á que tienen derecho los propagandistas.

P. DE JARCIEX.

¿Qué hacer?

Anoche al acostarme, con tristeza,
Con profunda tristeza me eché en cara
Haber dejado trascurrir el día
Sin haber hecho nada.

Miserable es el hombre que las horas
De toda su existencia no consagra
Al trabajo sublime, que engrandece
Y purifica el alma.

Así me dije, y prometí seguir
La senda que el destino nos señala:
Prometí trabajar, y hoy he cumplido
Mi promesa sagrada.

Creis que estoy satisfecho? Creis que siento
Que nueva aliento regenera mi alma?
Creis que no me atormentan fieras dudas
Al volver á mi cama?

En verdad he cumplido mi promesa,
Cumplo con mi deber, mas ¿qué me falta?
Nunca será posible poner fin
A esta lucha satánica?

Anoche al acostarme, con tristeza
 Con profunda tristeza me eché en cara
 Haber dejado trascurrir el día
 Sin haber hecho nada.

Y hoy al buscar reposo, fieras sombras
 Se ciernen infernales sobre mi alma
 Y los punzantes dardos de la duda
 Mi corazón desgarran.

De qué sirve el trabajo? A dónde vamos?
 ¿Esta vida de afanes en qué para?
 ¿Si después de esta lucha fatigosa
 Habremos de ser . . . nada!

E. C.

UN BAILE

EN EL

Palacio Nacional.

Por fin llegó la tan deseada noche del 15 de setiembre! Bellísima noche de luces plácidas y graciosas, de armonía y de perfumes, de amorosa voluptuosidad y de confidencias deliciosas. ¡Quién me diera reproducir con la magia del arte el cuadro encantador que ofrecía el Palacio Nacional en la noche del 15 de setiembre. Aun todavía, bajo el influjo del delirio, los recuerdos se precipitan en mi cabeza cual gaviilla infernal, se encrespan como las olas de un océano febricitante, envuelven los antros de mi cerebro, y, como último esfuerzo de su expansión estremecen mi cabeza. Ah! quién pudiera describir aquella prolongada lluvia de espuma, aquel oasis de luz zodiacal, aquellos torbellinos luminosos que aparecían y desaparecían como relámpagos! Y sobre todo, quien tuviera en la paleta el gris-perla y el azul con que Shakespeare delineó los suaves contornos de su Ofelia, para trazar las líneas delicadas de tantas hijas del aire, radiantes y plácidas como las primeras estrellas que anuncian la noche en el Oriente!

Desde que el Ministerio de Gobernación anunció que el 15 de setiembre sería celebrado con un baile, éste ha sido el tema favorito de las conversaciones, el pensamiento obligado del bello sexo, la llama, á cuyo redor han revoloteado como mariposas, las ilusiones de los *amateurs*, y para los padres de familia, el *boa constríctor* que los oprime y los ahoga. Pudiera decirse que la historia de los bailes es el martilogio de los padres de familia. Pero no hay tiempo que perder, ha llegado la hora tan esperada, la capital se arropa ya entre las sombras de la noche, y la naturaleza, obedeciendo á nuestros deseos se

ostenta en toda su belleza: Durante el día el cielo comenzó á fruncir el ceño como hombre que no aguanta bromas. Oyóse alguno que otro trueno, verdadero rezongo de viejo malhumorado, y las nubes principiaron á cubrir el horizonte. Todos se miraron, y los temores nos asaltaron en el camino que hacíamos hacia la región de los sueños. Unos temían el agua; otros decían que no llovería; los de este grupo aseguraban que no era posible que lloviese; los de más allá afirmaban mas ¡á qué consignar las diversas opiniones emitidas en aquellos momentos? Lo cierto fué que las gotas de agua, cascadas de cernerse sobre las cimas de los montes, volvieron victoriosas á la tierra para vagar en copos de algodón sobre los declives de las montañas ó para quedar suspendidas del cáliz de las flores; pero al hacer su descenso, escogieron una hora oportuna, de manera que su presencia no incomodara ni levantara la más leve protesta: nos trataron con consideración, casi con galantería.

Han desaparecido ya los últimos resplandores del crepúsculo y principia el reinado de las sombras. Es la hora en que las bellas consultan por vigésima vez con el espejo sobre la corrección de su traje. Las sirvientas corren de aquí para allá, se entornan las puertas y se oyen á cada momento gritos de:

- ¡No se puede entrar!
- ¡No abran la puerta!
- ¡Me dejan á la pampa!
- ¡Traigan alfileres!
- ¡Santo Dios! ya estos guantes se abrieron!
- ¡El abanico quedó sobre la mesa!
- ¡Unas tijeras!
- ¡El blanco-perla!

Entre tanto el formal dueño de casa, el corredor en solicitud de cintas, encajes y mostacilla, espera en la sala, algo más que fastidiado; el aburrimiento lo obliga á bostezar de cuando en cuando, pero no pronuncia una palabra de reproche ni la más leve queja. Espera, espera y espera, como dice Núñez de Arce.

Una hora después, sale la familia; la respetable consorte hace á los sirvientes las últimas recomendaciones; ya en la puerta, se aspira á bocanadas el aire frío de la noche, y los bucles de las niñas sienten con delicia el fresco estremecimiento de los árboles. Ya se ponen en marcha, ya llegan al baile, donde el aliento, abrasado antes por la fiebre, va á convertirse en perfume y la voz en armonía.

Noche deliciosa; no se piensa en otra cosa sino es en apurar todos sus encantos.

Sólo quedan rezagados aquellos que, heridos por el dolor, huyen instintivamente de los centros de alegría.

También yo me hacía un paréntesis á la tarea ordinaria y á las preocupaciones de esta vida agitada que sobrellevamos todo el año.

“Iré al baile”, y aquel solo pensamiento me tenía deliciosamente inquieto. Miré el re-

loj, eran las 7½. ¡Que temprano! murmuré.— ¡De aquí á las 9!.....

Era ya hora de vestirme. Experimentaba un hormiguero en todo mi cuerpo. Me parecía que el cielo se nublaba por momentos, y que el tiempo iba á descomponerse. A cada instante salía á la puerta y miraba hacia arriba con un temor que no podía disimular. Era miedo infundado: no había ningún anuncio de revolución atmosférica.

Estaba tan nervioso que me mortificaba cualquier ruido. Miré alternativamente mis botines, mis camisas, mi traje, mi sombrero, todos mis accesorios de *high life* extendidos sobre la cama, sin saber por cual principiar.

Llevé mis ojos al espejo y me encontré con la mirada brillante, la color encendida y llena de salud, el cabello ondulado por la descarga nerviosa que circulaba activamente por todas mis fibras.

Principié á vestirme: escogí una camisa finísima de hilo, tenue como cambray, la adorné con botones de oro liso y la dejé sobre el lecho. Empapé mi pelo en aguas olorosas, le hice adquirir un brillo suave, y luego lo peiné sin afectación, pero sin negligencia.

A cada momento consultaba el reloj que había puesto sobre la cama, con la esfera para arriba.

Cuando llegaron las 8½, me estaba poniendo la camisa que coloqué con toda precaución sobre mi torso, para no desarreglar los prodigios del peine.

No tenía que reflexionar sobre la elección del vestido por que la categoría del baile lo determinaba con todos sus detalles. Busqué la corbata blanca. En cuanto al nudo—con toda franqueza—nunca he podido hacer el más simple, y tengo buen cuidado de buscar aquellos que el arte disfraza de naturales.

Ajustadas cuidadosamente todas las piezas, prendido hasta el último botón, me coroné con un sombrero nuevo, y dí el primer paso.

Poco después estaba en la calle.

Llevaba la frente erguida, la mirada luciente, el talante soberbio; á veces, sin embargo, sentía frío en el corazón, y me quedaba pálido; después la sangre, repentinamente detenida, inundaba mi rostro, precipitándose por las arterias, rápida como una corriente de vapor.

Por fin llegué.

Aquella atmósfera estaba enriquecida de perfumes. Estuve en el zaguán largo rato, prolongando mis ojos en la dirección de la *gran sala*. Héme allí contestando y haciendo saludos. Por arte de hechicería, el patio del Palacio Nacional fué convertido en hermoso salón de baile. El adorno era nuevo y de muy buen gusto; una gran tela circular impedía que las estrellas animadas que brillaban dentro del salón pudieran departir con sus hermanas las estrellas del firmamento.

El piso estaba alfombrado de blanco. La

pared del frente había sido adornada con verdadera habilidad artística: un fondo formado de hojas verdes, matizado á intervalos con capullos de rosa, suavizaba la claridad de centenares de bujías y le daba un aspecto femenino del más amoroso efecto. Había presidido al adorno del salón un conocimiento exquisito de lo agradable á los ojos, al olfato y al tacto: los sentidos se sentían allí tan acariciados que en vano se hubiera tratado de reaccionar contra el encanto, para darse cuenta fríamente de la situación.

Cuando llegué, el Palacio estaba literalmente lleno. No me atreví á entrar: los hijos de la Grecia se purificaban para sacrificar á sus dioses; y yo próximo á depositar mi ofrenda de admiración en aquel altar delicioso, me sentía muy lleno de pensamientos pecadores para aproximarme con toda tranquilidad.

—Desecha el miedo, me dijo un amigo, y acércate á contemplar ese hervir *vidior* del salón.

Temblando, sintiendo que mi corazón se debatía insanamente en el pecho, como si se quisiera escapar, avancé unos cuantos pasos.

.....Mis párpados se cerraron instintivamente, la retina pretendió refugiarse en el fondo del cerebro: aquel lujo de fulgores me había herido con viveza no esperada. Poco á poco me fui acostumbrando á recibir aquellos manojos de luz. Dirigí la vista hacia el piso superior y pude contemplar á todo mi sabor, aquellas barandas cargadas de lindas muchachas, graciosas y provocadoras, colgando de las rejas como las uvas pintonas de las vigorosas parras.

Momentos después se dejaron oír los arpejos y andantes encantadores de la orquesta, y regocijados ante aquel alegre acorde, los caballeros se apresuraron á ofrecer el brazo á las damas, con esa galantería propia del siglo XVIII. Entre aquel inmenso grupo que se paseaba "ajustando el paso al ritmo de la lira", distingo desde luego al señor Presidente de la República y á la elegante cuanto estimable señora de Aragón; al señor Ministro de Hacienda que caminaba orgulloso ostentando la belleza incomparable de doña Pacífica Fernández de Soto; al señor Ministro de Gobernación que acompañaba á la culta señora de Sáenz y así sucesivamente siguieron deslizándose ante mi vista aquellas diversas figuras—dechados de buen tono,—cuyos pasitos cortos y pequeños resonaban sordamente en el tapiz.

¿Queréis gozar en todo de aquel olear de ondas humanas, y sentir el vértigo producido por aquella confusión de colores y de formas? Pues subid conmigo al piso superior.

Fijad la vista en ese balanceo voluptuoso, en ese mar en que cada ola se transforma en espuma luminosa. Este cuadro me trae á la memoria el océano contemplado á la luz de los astros, cree verse en su superficie millares de chispas vivientes que flotan y se balancean, circundando en su centro caprichosos fuegos fatuos que se persiguen y se cruzan. Estas sú-

bitas apariciones se unen, se separan, únense de nuevo y acaban por formar una inmensa cascada de fosforescencia azulada, blanquecina, pálida y vacilante, en cuyo seno se distinguen, de trecho en trecho, pequeños soles deslumbradores. El remo de la barquilla que se distingue á lo lejos, "arranca en cada golpe chispas de luz, aquí débiles, poco movibles; allí resplandecientes, vagabundas y regadas como un semillero de perlas en los matices del iris".

Apartemos la vista, porque siento que el vértigo quiere dar buena cuenta de mi cabeza. El placer palpitante de la retina concluía con un estremecimiento. Indudablemente, estaba mareado. Y así era en efecto.

Me bastaba cerrar los ojos para obtener la visión de mil fantásticos cuerpos de mujer, que pasaban como en un caleidoscopio, llenando mis ojos de líneas voluptuosamente ondulantes, y de colores que no los pintara más ardientes el Tintoreto, ni los hiciera Rubens mas carnosamente tentadores; el menor roce de mi cuerpo parecíame que fuera contra telas raso, blandas y nuelles como la caricia de una mujer tropical; pasaba las manos por el vacío, y el vacío cosquilleaba mi epidermis de una manera enloquecedora, dándome la sensación de una carne satinada y temblorosa.....

Por fin las notas de la orquesta se extinguieron, y la calma quedó restablecida.

En aquellos momentos me dirigí á un grupo de elegantes que conversaban con animación, ó mejor dicho que discutían con calor. Y para ello había sobrada razón: se trataba nada menos que de colocar la corona del triunfo sobre las sienes de la más hermosa; aquellos señores defendían sus candidatas con más ardor que los diversos partidos monárquicos en las cortes españolas de 1870, cuando se trataba de dar un sucesor al trono de Recaredo.

Vamos, desengañate, la reina del baile es indudablemente Carlota Pinto. Fíjate en esa belleza escultórica, en esa majestad.....

—Es bellísima, pero contempla esa figura sonrosada, esos negros y rasgados ojos de Mercedes Pinto, y confiesa que es hermosa entre las hermosas.

—No le niego su hermosura, pero mi voto.

—Mira, al contemplar á Mercedes, me acuerdo de la reina de Egipto cuando salió al encuentro de Antonio; veo el cuadro descrito por Plutarco con todos sus poéticos detalles: Cleopatra, maravillosamente bella, está reclinada sobre blandísimos almohadones de púrpura; un blanco toldo sujeto por cuatro columnas doradas la hurta á las caricias del sol; sus esclavas la abanicaban para refrescarla, y los remos golpean dulcemente el agua al compás de la música de las flautas egipcias.....

—Buena imaginación tienes. Yo no hago imágenes; sencillamente contemplo á Carlota, y aquella hermosura me rinde: su cutis es seda japonesa, el color de las mejillas es una aurora con sus tintes de nácar y hay una frescura y

una morbidez en las carnes, encantadora; los dedos son hojitas de rosa, la boca tiene un perfume de durazno; son sus labios suavísimos y húmedos; la sonrisa es de una pureza angelical, el metal de voz un canto; todo aquel cuerpo tiene una gracia natural y un exhuberancia de vida que atrae y subyuga.

—Está bien, pero yo conservo mi opinión.

—Y yo la mía.

Y aquellos caballeros que habían luchado como buenos, se fueron cada uno por su lado. Entre tanto, yo pensaba: ¿quién puede ser juez en este torneo de la belleza?

Continúo mi paseo por aquellas galerías, y al bajar la escalera me encuentro con un amigo íntimo: la satisfacción le irradiaba en el semblante.

Te diviertes mucho? le pregunté.

—Psth! no me dejo arrastrar por la ola de las alegrías humanas; pero en cambio siento deliciosa fruición al cruzar unas cuantas frases con mujeres espirituales, llenas de un resplandor voluptuoso, que encadenan el espíritu y lo tienen en suspenso. En estos momentos acabo de conversar con María Luisa Argüello. ¡Qué espíritu tan superior! Hay tanto de fresco, de vivo, de amoroso en toda su persona, que yo, cuando me encuentro á su lado, no acierto á pronunciar palabra que tenga traje de buen sentido. Y es que aquella fisonomía intelectual ejerce encantos indefinibles: el espíritu de María Luisa es elevado, bellissimo, discreto; grandes cualidades que se completan con la suprema benevolencia de su corazón.

Y así es en efecto. Con un apretón de manos hice comprender á mi amigo que estaba de acuerdo con él, y nos separamos.

En aquellos momentos me dirigí al salón; quería contemplar el lienzo, ya que las figuras no se movían, ya que estaba quieta "la rueda del gran Caleidoscopio."

Desde el punto de mira que escogí, pude contemplar las líneas y relieves de ese tipo admirable que se llama Paulina Esquivel; al verla me pareció oír una melodía indefinible de esas que llegan al oído y dejan en suspenso el corazón.

Y ahora que recuerdo, también ví á Celina Fernández que se paseaba alegre y satisfecha, llena de inefables murmurios y de inocencia encantadora. Celina es una de esas perlas que dejan los genios de la noche sobre las flores.

Cerca de mí cruzó un perfume convertido por un capricho de las hadas en mujer. Era Rosita Gutiérrez.

¡Qué hermosa es! oigo que exclaman á mi lado. Vuelvo la vista y me encuentro con una de esas figuras que recuerdan la Venus del Ticiano: aquellos brazos mórbidos, aquel seno desbordándose soberbio de un corsé prendido con elegancia, aquel garbo encarnado, todo me hace creer que es Juno la que ha pasado junto á nosotros; pero mis amigos me sacan del error y me dicen que es Julia Alvarez.

Julia se ocultó ya entre la inmensa concu-

rrencia; pero ahí viene Celina Herrera, que parece Venus saliendo de las espumas cariñosas del mar que bañaba á Cítarea, y sacudiendo su cabellera luciente.

Volvamos ahora la vista hacia otra parte: allá, en el centro del salón, contemplo á Julia Argüello. Si pudiera acercármele, iría á saludarla; soy apasionado por las mujeres bellas, por las flores olorosas y por los vinos perfumados. Desde aquí distingo bien su elegante traje de seda color de rosa, adornado con festones celestes; encajes finísimos ornan el vestido, subiéndolo en arabescos graciosos hasta el seno, al que forman una muralla como de espuma blanquísima, que las ondulaciones de la respiración levantan á intervalos, semejantes á una ola que golpea la ribera.

Cuando miro á Julia tan bella y tan espiritual, comprendo cómo las hadas del mar se apresuraban á recoger el licor blanco que corría de la cabeza de Medora para guardarlo en esquistes de nácar y trasmutarlo en perlas.

Embebido en la leyenda oriental de Zores, viene á sacarme de mi éxtasis un movimiento general que observo entre los que están á mí alrededor: ¿qué pasa? estos señores pretenden arrodillarse! ¿quién viene? es una reina?

No, es una diosa, me contestaron mis compañeros, mientras abrían calle con muestras del mayor acatamiento.

Y en efecto, era Luisa Giralt que pasaba del salón al piso superior.

Un amigo mío ha dicho con mucho acierto que Luisa es una prófuga celeste. Juzgo que la idea es exacta. Yo quiero compararla con Venus, pero no con la Venus de Gnido que enciende el alma en ardores impuros; ella es la Venus de apariencias candida, la que presenta un perfil lleno de delicada suavidad, la que personifica la eterna belleza, es la Venus que adoraba Platón en sus sueños más ideales. En aquel mármol augusto no hay ni un pensamiento de carne. La molición huye avergonzada ante aquella frente que brilla con la luz de lo inflexible. Comprendo, pues, que al pasar ella, se sientan tentaciones de arrodillarse. Y aunque las rodillas no se doblen, dejará el espíritu de postrarse? Víctor Hugo lo ha dicho: hay momentos en que cualquiera que sea la actitud del cuerpo, el alma está de rodillas.

Vuelvo otra vez al piso superior; el aturdimiento ha ido en *crescendo*, varias veces he escuchado ya las notas acompasadas de la mazurca y las arrebatadoras del wals; bandadas de sílfides se pasean por el salón, ansiosas de ese aire fresco que sopla en la hora del crepúsculo. En aquel cuadro distingo desde luego á María Luisa Echeverría. Sí, es ella; está vestida con gusto exquisito, y su alma adorable parece espaciarse sobre el mar dulcísimo de las esperanzas. Cerca de ella va Angelina Giralt, la fresca y sonrosada Angelina, contoneando aquel cuerpo lleno de gracia y de vida. Más allá miro á María Teresa

Echandi, la niña de rostro hechicero en donde el cielo refleja sus fulgores.

Allá en el otro extremo, erguida de belleza, distingo á Lupita Velázquez: es una luz que gira no en eclipse, como las luces planetarias, sino en líneas de graciosa curva.

En la galería, á mi alrededor, se agita un verdadero mundo alado: descubro en primer término á las señoritas Iglesias, coronadas con la aureola de la hermosura; más allá, cruza Carlota Echeverría, que me recuerda la morbidez de las figuras ideadas por Rubens; por aquí, cerca, muy cerca viene Adelia Aguilar, detengo la respiración para contemplarla: aquella epidermis no es de mujer, es un cutis de náyade, de las que moran bajo los árboles y á la orilla de los ríos. Adelia es la niña amiga de las flores, la que conversa con las estrellas por medio de apacibles reflejos.

Entre tanto, la fortuna me ha puesto al frente de una de esas mujeres incomparables, cuya conversación suena al oído como la música que debe producir una barca de ninfas, navegando en las aguas cristalinas de una fuente. Al través de aquella conversación se ve inmediatamente un espíritu culto, sin pretensiones á la erudición, que prefirió seducir antes que admirar; agréguese á eso un donaire, una gracia natural, que nace como manantial de luz de aquella cabeza y derrama su claridad por todo el cuerpo, y entonces se tendrá idea de lo que es esa chispa que gira armoniosamente y que en el mundo se llama Anita Mora.

—¿Piensa Ud. escribir la crónica del baile?

—Tal vez escriba *al galope* algunos apuntes.

—Pues bien: entonces diga Ud. que el salón estaba oscuro; que esta claridad opaca puede formar la delicia de los románticos, pero que impide á las señoritas lucir sus encantos. Trueque Ud.

—Perdone, mi señora, pero eso sería injusto.

—Injusto ¿por qué?

—Todas esas llamas que ve Ud. como avergonzadas y cabizbajas, pidieron que se las ocultara entre esos festones de hojas verdes: presumieron su derrota ante los ojos radiantes de las josefinas y prefirieron permanecer ocultas.

—Deje esas sutilezas, y diga con toda claridad que si había una infinidad de hermosas en el salón, también las había, no menos bellas, en las galerías; diga que el adorno del salón revelaba afinación y gusto; hable de la hermosura y elegancia de tanta sílfide; pinte Ud. las horas dulcísimas que aquí hemos pasado; diga que lloraremos al ver que se concluye si no fuera la esperanza que abrigamos de que ésta no será la última fiesta; y por fin dé Ud. las gracias á

los caballeros que formaron la *comisión del baile*, porque á su esmero debimos esas gratisimas horas.

—Muy bien, mi señora; me ha dado Ud. todo el material necesario para escribir mis apuntes.

Ya es tiempo de abandonar este lugar.—Las nubes mensajeras del oriente anuncian á la tierra la llegada de su amante; el astro-rey embriagado de amor, se aproxima ya á estampar un beso en la frente de su amada. Dejemos, pues, este lugar antes de que la aurora se abra paso en el horizonte.

Adiós noche bellísima de las ilusiones color de rosa! Que podamos recordar tu imagen en las horas de felicidad. Que tu recuerdo sea tan bello como el primer rayo de esperanza que cautiva el corazón.

ODÍN.

De Heine.

—

I.

Los tilos abrían sus flores hermosas,
Y alegre vertía mil rayos el sol;
Sus lábios de grana los míos besaron
Y el alma abrasarse sentí con su amor.

II.

Caían las hojas á impulso del cierzo,
Los lindos botones tronchaba, el turbión;
Adiós! yo le dije con hórrido acento...
Casado se había, matando mi amor.

Puntarenas—1887.

MILETTO.

CRONICA.

En el nombre del Padre. Quieto, revistero, que ya esa gracia no tiene gracia. Las cosas gustan cuando son nuevas y cargan cuando se repiten. Así principiaste tu anterior revista y no me hace feliz que ésta comience del mismo modo. Atornilla el magín hasta que chorree otra frase de apertura, porque lo que es aquella mística ya pasó de moda.—Corriente, musa inspiradora de estas revistas; no será por cosa tan baladí que habremos de reñir. Si te amosca que principie santiguándome allá va una introducción pagana: ¡Oh Dioses del Olimpo! ¡Musas que os bañáis en la Castalia fuente, venid, acorredme, prestad á mi trompeta revista, felices notas, para que pueda cantar los nunca vistos hechos de esta quincena!—¡Uf!! cállate

ó reviento. Principiar una crónica de periódico con el tono de una epopeya! Pues tiene gracia. Bonito vas á quedar con esas introducciones; mejor será que no le pongas obertura á esta pieza y que dejes los exordios para otra ocasión. Principia *ex abrupto* y quedarás mejor.—Amén.

* * *

Abella se ha lucido, eso es indudable.—No, y la verdad es que tiene buena presencia, canta muy bien, tiene modales distinguidos, etc., etc. Suma lacónica: es buen actor.—El beneficio no ha dejado que desear.—La zarzuela escogida por él es una de las que más partidarios cuentan entre nosotros.—Además de tener una música preciosa el argumento es de bastante interés y de buen desarrollo.—No obstante los pequeños lunares que tiene esta obra, las irregularidades artísticas que la oscurecen y su saborcito romántico é inverosímil puede decirse que es una de las piezas que más han gustado en Costa Rica.—El señor Abella que hacía el principal papel trabajó con maestría.—Su voz agradable y llena supo arrancar nutridos aplausos.—Después del primer acto el beneficiado cantó una aria de la ópera Hernani; fué muy aplaudido y obsequiado con varias regalos entre los que iba una cartera que á todos nos dió mala espina.—Aquella cartera como que llevaba una alma *adorable*. Celebramos que el simpático barítono haya obtenido tan justo triunfo.

El tenor cómico de la Compañía Villareal don Manuel Iglesias tuvo su función de gracia el sábado pasado.—Con muchísimo tino escogió una pieza en que además de la belleza de la música y de la chispa que aviva toda la obra, el beneficiado tiene ancho campo en que lucir sus dotes, pues el papel que desempeña es uno muy adaptado á su carácter y como absolutamente cómico entra de lleno en ese género en que el señor Iglesias sobresale. Bella la obra por una parte, y trabajando el artista en su verdadera cuerda, no podía esperarse sino que el público quedara complacido en alto grado, como sucedió.

La petipieza "Hija única" es bonita y coloradita. Creo que toda la función fué muy gustada. Felicitamos al señor Iglesias.

* * *

Cría fama y échate á dormir.—Cartago ha sido siempre el por ejemplo de los pueblos tristes. No había uno solo de los que habitamos aquende el Fiero, que al tratar de Cartago, no arrugara el ceño y haciendo un movimiento de hombros que expresaba su desprecio, dijera con compasivo tono: "si aquello es una verdadera necrópolis; si por allí discurren fantasmas silenciosos; si allí no se puede vivir porque no hay más que iglesias y tristeza.—Sí! pues lo que es hoy el que eso diga *anatema sit*, porque ha dicho una mentira más grande que la pirámide egipcia.—A pesar de su fama, Cartago es hoy la provincia que más se divierte.—Allí se baila por un quítame estas pajas, se pasea por fas y por nefas, se goza á las mil y una maravillas.

Aquella sociedad simpática sabe buscar, después de su trabajo, el rato de solaz, sereune, se divierte y disfruta de los placeres que se puede proporcionar una población unida y culta.

Las fiestas de los Angeles estuvieron magníficas.—El segundo día, lunes, hubo un baile en casa de don Juan F. Ferraz.—Poca era la concurrencia, pero escogida.—Lucieron esa noche sus gracias flores de lo más exquisito que tiene nuestro jardín femeníl.—A las dos de la mañana concluyó aquella agradable reunión, saliendo todos los concurrentes pagados de la finura de los dueños de casa, y muchos con algo de menos: con el corazón que se quedó encerrado en la corola de algunas de aquellas FLORES.

Me declaro deudor remiso.—Estoy comprometido á hacer la revista detallada del baile del 15 de setiembre; pero mejor será que encargue á mi amigo Odín del pago de esa deuda, convencido de que los lectores ganarán muchísimo en el cambio.

Cuéntenos él con su brillante pluma las impresiones que experimentó en esa noche; díganse como es que de tanto ver puede alguien quedarse ciego; trace con colores delicados el bellissimo cuadro de aquella noche.—Aquel ramillete selecto, aquellas niñas encantadoras, ideales, bien pueden poner una flor en su revista: aquellos almibarados mositos que hacían la rueda á las señoritas, relamiéndose los bigotes, bien merecen un pinchazo de su pluma: la penumbra que envolvía el salón, que lo idealizaba, asemejándolo al alma de una niña de quince años que empieza á distinguir un rayo de luz rompiendo la densa y encantadora oscuridad de la inocencia, como dice Victor Hugo, penumbra bella que parecía el punto de contacto entre la última fugitiva sombra y la primera onda de claridad, harán que el recuerdo de esa noche se revista de tintes poéticos en la imaginación de nuestro amigo Odín.

Próximamente llegará á nuestras playas el vapor "Orinoco". Él devuelve hoy á su patria un tesoro de inestimable precio. Adela Herrán, después de larga permanencia en Europa, regresa á este pequeño rincón, donde si no encuentra las bellezas y la grandiosidad de las ciudades europeas sí encuentra algo que es de mayor valía: un caudal de finísimos afectos, mucho cariño, la sincera amistad de todos aquellos á quienes ella, con su afable trato y sus bellas cualidades, ha sabido encadenar con la más fuerte y más dulce de las cadenas, el aprecio verdadero.

Las dificultades que presentan la formación y el tiro de dos periódicos tan grandes como "El Maestro" y "Costa Rica Ilustrada" nos obligan á retardar el próximo número de este periódico y á cambiar, para lo sucesivo, el día de su salida. Del número 9 en adelante nuestra revista verá la luz los días 8 y 22 de cada

mes, prometiendo á nuestros abonados y al público estricta puntualidad.

Saludamos, afectuosamente al señor Dr. don M. Ugarte y deseamos que su permanencia en Costa Rica le sea tan grata que si es posible mitigue la pena que mortifica al que se tiene que ausentar del suelo patrio.

A nuestros estimados amigos don Federico Volio y don Aquileo J. Echeverría les damos nuestra afectuosa despedida, deseándoles el viaje más feliz.

Y ahora, mis queridos lectores, hasta el próximo número, si es que Uds. ó yo no nos hemos muerto.

MR. RENARD.

No habiéndonos sido posible publicar en el número anterior la siguiente manifestación, lo hacemos con el mayor gusto en el presente.

Manifestación.

Una deuda de gratitud he contraído con el generoso público de Costa Rica, especialmente en la velada de mi beneficio.

El escogido y numeroso concurso que esa noche me honró con su presencia, las flores, composiciones poéticas y demás inmerecidas ovaciones con que el galante público me festejó, han dejado grabada en mi alma profunda impresión que conservaré y llevaré á todas partes, como el recuerdo más grato de esta hospitalaria y hermosa tierra centroamericana.

Reciban, pues, todas esas personas, por medio de la presente, la expresión sincera de mi reconocimiento y eterna gratitud.

CARMEN FERNÁNDEZ DE CAPDEVILA.

ANUNCIOS.

Juan Francisco Echeverría,

Jenaro Castro Méndez.

ECHEVERRIA & CASTRO,

Corredores Jurados y
Comisionistas.

Apartado 103.
Cable "Echeverría."

2 Calle General Fernández.
SAN JOSÉ, COSTA RICA.

TIPOGRAFÍA NACIONAL.